

**PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, ANDRES  
PASTRANA ARANGO, AL RECIBIR LA ORDEN DEL  
FUNDADOR FRAY CRISTÓBAL DE TORRES CONCEDIDA  
POR LA UNIVERSIDAD DEL ROSARIO**

Bogotá, 30 de julio de 2002

El tiempo, con magistral mano, escribe la historia de la humanidad; la de nuestra patria, Colombia, y la de todos y cada uno de los seres mortales que disfrutamos, por lapsos limitados, la existencia en la tierra como seres humanos.

El tiempo nos abraza como un anciano protector, nos lleva de la mano por la senda de la infancia, nos empuja como viento impetuoso durante la juventud, nos da horas de reflexión en la madurez y nos consuela en la cima de los años dorados.

El tiempo... Pienso ahora en el tiempo porque es inevitable hacerlo, es inevitable sentirse pequeño y pasajero, es inevitable ponernos en perspectiva cuando comparamos nuestro periodo vital con el de una Universidad que, como el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, cumplirá el próximo año nada menos que 350 años desde su fundación.

¡Cuántas generaciones, cuántos hombres y mujeres han encontrado en sus aulas y en la generosidad y sabiduría de sus maestros la luz redentora de su alma y su intelecto!

Pero hablo también del tiempo porque hoy, cuando sé que exactamente en una semana viviré mi última noche como Presidente de la República de Colombia, es inevitable mirar hacia atrás y hacer balance y memoria de estos cuatro años que ya culminan, durante los cuales los colombianos me confiaron la dirección del Estado.

Han sido cuatro años maravillosos y complejos, en los que día tras día sentí la serenidad de seguir los dictados de mi conciencia, trabajé sin descanso por mejorar las condiciones del país en todos sus aspectos y busqué, más que nada, con obsesivo celo, aclimatar y consolidar todas las reformas estructurales que permitieran que Colombia volviera a ser un país viable, respetado por el mundo y con razones ciertas para creer en un futuro mejor.

No es éste el momento para realizar detallado balance de Gobierno, como lo he venido haciendo ante mis compatriotas en las alocuciones semanales; como lo he hecho ante empresarios

e industriales de nuestras diversas regiones, y como lo hice hace 10 días ante el Congreso y el país, al instalar las sesiones legislativas.

Baste decir hoy, ante mis colegas rosaristas, que el vigésimo noveno Presidente de Colombia surgido de estas aulas privilegió en su actuar los principios morales y cristianos que aprendió en ellas; que nunca tuve otra intención que la de acertar por el bien de mi patria y de mis conciudadanos, y que será la mano de la Historia, esa misma que hace casi tres siglos y medio inspiró a Fray Cristóbal de Torres a fundar esta institución, la que escribirá el testimonio final de lo que pudimos hacer para que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos crezcan y vivan en medio de un entorno de progreso, de paz y de justicia social.

Para las páginas de esa Historia, -escrita con mayúscula, porque es la mensajera del padre Tiempo-, dejamos una obra que incluyó la siembra en el corazón de todos los colombianos de la semilla perdurable de la paz.

Dejamos también una economía recuperada y estable que contrasta con la frágil y declinante que encontramos hace cuatro años.

Dejamos un entorno social en proceso de grandes transformaciones gracias a programas de inmenso impacto como los que componen el Plan Colombia.

Dejamos unas Fuerzas Armadas operantes y a la ofensiva, más grandes, más fuertes, más profesionales y más modernas que nunca.

Dejamos un país digno, con presencia protagónica en todos los foros internacionales, que ya no es visto como el villano en el tema de las drogas, sino como una valiente víctima de este flagelo que ha convocado la corresponsabilidad del mundo entero.

El tiempo, el mismo tiempo que guarda en las columnas y paredes del claustro de nuestra universidad una verdad que combina la tradición y el vanguardismo, -“*nova et vetera*” como reza el hermoso lema-, fijará también con justeza en las piedras de la memoria nacional la obra, no de este hombre que ahora habla y que puso todo de sí para servir a Colombia, sino de todo un Gobierno que trabajó bajo mi liderazgo, con una convicción y una pasión inigualables.

Apreciados amigos rosaristas:

Cuando miro hacia atrás también contemplo las muchas ocasiones en que tuve la feliz oportunidad de compartir con mis colegas rosaristas, de antiguas y nuevas generaciones, los actos más trascendentales de la vida universitaria.

Aquí estuve en septiembre de 1998, a 40 días de mi posesión, recibiendo la colegiatura honoraria que me enorgullece. Aquí estuve en distintas oportunidades presidiendo los actos de consagración de colegiales, instalando el Encuentro Rosarista sobre la contribución de la Universidad al Proceso de Paz, despidiendo al Rector Guillermo Salah Zuleta y dando la bienvenida a mi buen amigo Rafael Riveros Dueñas, quien hoy dirige con eficacia y sabiduría los destinos de la Universidad.

Para mí ha sido una interesante confrontación volver a mi Universidad durante estos años de Gobierno y seguir su desarrollo, viendo cómo ella me devolvía los bríos y los ideales que se albergaron en mi corazón en esa hermosa década de los setentas, cuando fui un estudiante de Jurisprudencia y habité diariamente sus aulas y pasillos.

La Orden del Fundador Fray Cristóbal de Torres que hoy me impone, apreciado señor Rector, es por eso un homenaje que estimo en la máxima valía porque es el símbolo del aprecio de mi Universidad, de aquella donde aprendí el más estricto apego a la ley dentro de la ética, un comportamiento que fue, sin ninguna duda, la clave de mi obrar como gobernante en todos los aspectos de la vida nacional.

Me llevo en el alma y en el corazón esta orden con el nombre de nuestro Fundador y, con ella, me llevo también el recuerdo de muchos años dedicados a Colombia, dentro del espíritu rosarista de servicio y de excelencia.

Por supuesto, me llevo, señor Rector, el afecto solidario, el cariño cordial, la lúcida compañía, que siempre significó el Rosario para mí en estos cuatro años de Gobierno.

Muchas gracias, queridos amigos rosaristas. ¡Nadie podrá arrancarme de su afecto, ni alejarlos a ustedes de mi corazón!

Muchas gracias